




Erasmus Zarzuela: "Pequeña industria"

La cosa más importante de la vida es la elección de una carrera. El azar dispone de ella. La costumbre hace los soldados, albañiles o pizarreros. Es un excelente pizarrero, se dice. O, hablando de los soldados: son bien locos; y los otros, al contrario: no hay nada grande sino la guerra; los restantes hombres son unos picaros. A fuerza de oír alabar desde la infancia unos oficios y despreciar otros, se escoge. Naturalmente, se prefiere la virtud, y se rechaza la locura. Estas palabras nos conmueven. El error no puede estar sino en la aplicación; tan grande es la fuerza de la costumbre, que de los que la naturaleza ha hecho tan sólo hombres se fabrican condiciones de hombres; y hay países enleros en que todos salen albañiles, todos soldados, etc. La naturaleza no es, sin duda, tan uniforme. Es la costumbre la que hace esto, contrariando la naturaleza; pero algunas veces la naturaleza la gana, y rellena a los hombres en su instinto, a pesar de toda costumbre, buena o mala.

Pascal en: *Pensamientos*.



el duende
director: luis urqueta m.
consejo editor: alberto guerra g.
edwin guzmán o.
benjamín chávez c.
erásmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david ángel illanes
casilla 448 telfs. 5276816-5288500
e-mail: duendejulia@hotmail.com

Fugitiva

Es el país de las eternas nieves.
Una blanca sábana sobre la llanura inmensa recortada, allí, lejos, por monstruosa cordillera.

La nieve cae, cae con monótona desesperante regularidad.
A esta hora, que es la primera del día, pasan los obreros por debajo de mi ventana, encorvados y tiritando. Parece que no hay en sus labios, amaratados por el frío, una protesta congelada contra la fatalidad de su destino amargo. Pasan también las mujeres que expenden bebidas alcohólicas en la puerta de las minas, con sus enormes baldes, con sus braseros a cuastás. La nieve se aferra tercamente en sus andrajos produciéndoles en el cuerpo estremecimientos de tétano, pero no es posible detenerse; más tarde ya no podrán vender el artículo y corren como locas heridas por el aríete de una terrible visión de miseria y de orfandad.

Viene en dirección opuesta al camino que siguen los obreros una joven de ojos negros y fatigados; parece que llora; parece que tienen fiebre.

¡Pobrecilla! ¿Quién será?
Al pasar ha levantado sus ojos y me ha mirado. Declaro que me siento atraído hacia esta chiquilla en cuyos ojos hay algo espiritual que resplandece.

Veo en sus pupilas cansadas el exceso de trabajo o la intemperancia del placer.
¿Quién será?

Quizá la honrada hija del pueblo; una pobre joven sacrificada a la miseria, que sufre en silencio sus amores sin esperanza y que se ve tentada con repugnancia por la alcoba fría del burgués advenedizo que la llama desde su ergástula con el tin-tin halagador de la pesetas.

No.
No quiero injuriarla.
Es una mujercita deliciosa que para amar no ha convertido su corazón en tabla de cálculos aritméticos.

Sí; Ella es un ángel.
Viene de haber trabajado mucho para mantener a su padre que es paralítico y se pasea, ¡pobrecilla!, a lo largo de la calle para aminorar la fiebre que abrasa su cabecita aplastada de mujer inteligente y sagaz.

Sabe amar de veras, con firmeza, y para ser feliz sueña con el día claro, con esa día bello, día de sol en el que llevando la felicidad en sus ojos y la ternura en sus labios, apoyada en el brazo de su amante, marchará dichosa a jurarle la eternidad de su cariño en su altar y ante Dios.



La veo, allí, lejos, muy lejos: la huella que ha dejado sobre la nieve parece que dice algo de ella. Una huella pequeña que traza una línea recta; huella que pronto borrará la nevada. Las mujeres, al atravesar los senderos de la vida, casi no dejan vestigio, y si dejan, pronto lo borra el olvido. Y esto es más si el camino que han seguido ha sido recto. En las mujeres la inmortalidad está casada con el escándalo.

Pero... ¿quisiera saber quién es esta chiquilla tan agradable y con tan lindos ojos. Quisiera llamarla, ahora que la calle ha quedado tan silenciosa, llamarla a mi cuarto y allí, junto a la estufa, al amor de la lumbre, decirle:

—No llores ya, mi querida niña: que si un corazón te ha olvidado, tienes el mío que te adorará para siempre. No llores ya, chiquita mía.

Y quisiera besar sus manos y sus cabellos negros y mirarme en sus bellos ojos. Deseo de niño goloso, deseo inaplazable que hace llorar cuando se realiza.

Maa... ¿quién será esta niña llorosa? ¡Si fuese casada!
Quizá un matrimonio impuesto que la obligue frecuentemente a dejar sus labios en los de su marido, para volar con las alas del espíritu hacia el compañero de su alma y decirle al oído que el la arrojaron en brazos extraños, ella no lo olvidará jamás, que estará siempre donde él está, que su espíritu será su sombra.

¿Quién será? ¿Habrá alguien que sepa su nombre? ¡Oh, qué feliz debe ser ese...!
Y la veo todavía; ya no es más que un puntito negro al final de la calle larga; ya se pierde; ya se va. La nieve cae, con monótona y desesperante regularidad.
Y sin saber por qué, siento que hay algo menos en mi alma, siento que hay algo que me falta.

La hermosura de las mujeres alegra los cuadros más tristes de la naturaleza.

...

¡Ya sé lo que me falta: es la mirada cariñosa de un ser querido!

Oswaldo Molina. Escritor modernista boliviano.